

La enfermera, bruscamente, me sacó de la asquerosa cama para sentarme en una roñosa silla de ruedas. A pesar de que no podía moverme y que mi cuerpo casi había ya olvidado los cinco sentidos, podía sentir el hedor del óxido en donde estaba sentado. En ese entonces, era un ser famélico, atrofiado y sin dignidad, que tenía que soportar como mudaban sus pañales y como hablaban de él sin sentimiento alguno. Más que un ser, me consideraba a mí mismo como una cosa.

En mi estado, mi vida no

podía llamarse así. Sin familia, no tenía respaldo alguno, no tenía nada, y, por supuesto, sin amigos, nadie querría hacerse cargo de un tetraplético como yo. Mi penosa pensión de discapacidad solo servía para mantenerme con vida en un hospital de mala muerte en donde mi cuerpo cada vez se deterioraba más.

La enfermera me sentó con asco en su rostro, y con molestia, balbuceó hacia la cama de más de veinte años en la que vivo. Maldijo y se fue al pasillo. Desde el fondo de la sala común

diabólica a la vez que pacífica me encontró. Era una sonrisa de satisfacción. Y algo dentro de mí, con una risa torpe y burlesca, me dijo: “¡No era literal!”.

*La justicia en su forma primitiva es llamada venganza.*

*¿Qué existe entre la vida y la muerte? ¿Un sueño?*

*Si la gracia de cierto ángel observa tu alma, antes de morir, descenderá al mundo humano para hacer realidad tu mayor deseo.*

*Sueño post mortem.*

en donde otros miserables como yo residían podía oír como las mujeres de blanco se reían y burlaban, con asco, de nosotros.

Incómodamente sentado, mirando a la nada, oliendo mezclas de óxido y orina, con mis músculos atrofiados después de años de desuso, mi cuello se movió sin yo quererlo para apuntar mi cabeza a la vergonzosa escena del colchón. Sentí que moría, que en mi cuerpo no quedaba nutriente alguno y que en esa olvidable cama dejaba mi humanidad. A

cada segundo, mi cuerpo se sentía más ligero y exhalé mi alma por última vez. Quizás debí haber muerto, o quizás lo hice. Cerré mis ojos e hice algo que nunca en mi vida logré hacer sinceramente con mi corazón... Llorar.

Cuando abrí mis patéticos párpados, en mi lastimoso rostro, en mi inútil cuerpo, en mi inmunda situación... Conocí a un ángel.

En cuclillas al soporte de la cama hospitalaria, haciendo un equilibrio imposible, se encontraba el consuelo a mi

gre y en sus porquerías.

Terminada la grotesca escena me encontré mirando al infinito con la mente en blanco y me percaté que ante mí estaba la misma roñosa silla de ruedas, en la que volví a nacer, esperando por mí. Caminé con dificultad, pues mi tiempo ya se había agotado. Cuando me senté, tomé, por inercia, la misma posición en la que debí haber muerto ese día en el hospital y en la misma posición en la que más tarde me encontró la enfermera a la que con fuerza el rostro rompí. Con una sonrisa

sangre escurriendo. Con mi diestra arranqué su corazón y di un alarido gutural innecesariamente grotesco y confuso. Desde el momento en que debí morir dejé de ser un hombre para convertirme en una bestia que solo busca la sangre y la venganza, y así lo demostré, devorando con hambre insana su corazón, bebiendo y vomitando su sangre en el mismo pecho que usaba como un plato de comida para la devoración de mi venganza, alzando su gigante cuerpo para partirlo en dos sobre mí, bañándome en su san-

llanto. No creía que algo pudiera ser más delgado que mi cuerpo, pero eso lo era y no parecía sufrir por aquello como yo, no tenía casi musculatura y se apreciaba la falta de órganos internos. Parecía un cuerpo vivo en momificación. Sin manos ni pies, pues nada puede hacer. La visión borrosa que tuve de su cuerpo me confundió, y, al pensarlo, su existencia lo hizo aún más. El ser sin rostro me habló.

“Puedo levantarte”, susurró con una terrible voz.

“¿Cómo?”, intenté, sin

éxito, preguntar.

“Soy el demonio de la venganza.

Busca y destruye al que te dejó en ese estado.

¡Come su corazón y báñate en su sangre!”.

Frente mi casa, me enteré que había sido ocupada por gente que no conocía, no me importó. Solo tenía un objetivo y supuse, un tiempo limitado. Mis extremidades seguían igual de delgadas, pero con una fuerza inimaginable. Nadie podía detenerme cuando salí del hospital golpeando a todo aquel cu-

ma carne.

Intentó saber qué era: “¿Qué eres?”, preguntó gritando, simplemente le dije la verdad, susurrando en su oído con una sonrisa diabólica en mi rostro:

“Soy hijo del ángel de la justicia.

Quien me ha bautizado con el nombre de ‘Venganza’”.

Golpeé su pecho hasta destruirlo para poner mis dedos en forma de palanca para abrir, con mi ahora inhumana fuerza, su cuerpo. Un crujido fuerte y sordo sonó, seguido de

figurando mi rostro en una clara razón de odio y venganza mientras saltaba sobre él a masticar su rostro y a golpear, con mis esqueléticas y fuertes manos, su cabeza.

Creía que podría defenderse de mí, quizás no sabía la razón de mi nueva existencia, pero su cuerpo, colosal comparado con el mío, no ofreció ninguna resistencia a mi actual fuerza. Intentó defenderse con su brazo derecho, pero lo tomé y con un simple y fuerte movimiento de mi mano, sus huesos ya expuestos cortaban su mis-

yas vestimentas fueran blancas bajo los aplausos y gritos de las desgraciadas personas que fueron, por años, mis compañeros.

Luego de reconocer que mi destino no era otro si no la muerte cercana, me dirigí al hogar del hombre que alguna vez se llamó a sí mismo amigo.

Todo ese tiempo en el que no pude moverme bajo libertad, estuve pensando en la noche en la que aquella persona intentó golpear a mi, en ese entonces, pareja. A pesar de ser amigos de infancia, con alcohol, él era un animal y yo un cre-

tino. Pasaba treinta centímetros mi estatura y su cuerpo era quizás cien veces más fuerte que el mío, pero no me importó defender lo que era mío e intenté darle lucha como siempre lo había hecho y como siempre, el único amor de mi vida me oprimía para que, con mi habilidad, no dañara a alguien. Cuando caí al suelo inconsciente pateó mi espalda y mi cabeza tan fuertemente que cuando desperté moribundo en un hospital solo era capaz de, apenas, balbucear. Lo último que dije fueron disculpas a la persona que alguna vez

estar yo tan cercano a la muerte no podía ni quería saberlo, mi única intención era la venganza, y ya estaba resuelto que sería mía.

Descalzo y con solo una bata de hospital amarrada a la cintura por vestimenta estaba yo. Con mis costillas al aire, mi rostro carcomido por la inanición y mis extremidades tan delgadas como las de un niño. Podría haber inspirado lastima, asco o incluso vergüenza, pero miedo fue lo que vi en el rostro de mi víctima, antes victimario, cuando mostré mis dientes, des-



nuado que yo estaría allí para cobrar venganza por su brutalidad inmoderada y la traición a nuestra supuesta amistad.

Su cuerpo, a pesar de su edad y a diferencia del mío, aún era saludable, y sus brazos de salvaje ahora eran incluso más fuertes de cuando mi cuerpo destruyó. Me miró con desprecio y sin decir una sola palabra, por lo que imaginé había reconocido en mi demacrado y muerto rostro, a su enemigo de antaño. Ignoro si alguna vez tuvo la intención de pedir perdón por su insolencia, pero al

fue mi amor y que me abandonó por mi terquedad e insolencia.

No me queda nada, ni siquiera puedo confiar en mi cuerpo. Y gracias al ser en cucullas que se llamó a sí mismo demonio podré morir sin ningún remordimiento. Él vio a través de mí y estaré por siempre agradecido del ángel de mi salvación.

Fui a la casa en la que, por última vez, fui capaz de mover mis músculos, pero al golpear la puerta encontré un arrendatario, que, por suerte,

me dio la nueva dirección del objetivo de mi venganza, y que, por mala suerte, se encontraba en otra ciudad. Era cercana, pero no sabía qué tanto podría vivir para completar mi empresa si no podía comer, como lo había comprobado robando dinero del hospital y comprando comida barata en un local vomitándola instantáneamente. Mi cuerpo era ahora extraordinariamente fuerte pero no era capaz de ingerir alimentos ni agua, así que decidí ir corriendo con todas las fuerzas que poseía. Solo fueron un poco más

de cien kilómetros, troté medio día y una noche sin descansar ni un solo segundo. Al final hallé mi lugar de venganza, y con ella, mi muerte.

Algo en mi cabeza susurró que el hombre se encontraba allí, y sin dudar, pateé y destruí la puerta principal. Lo hallé sentado en un sillón con una cerveza en la mano y frente a un televisor que solo mostraba estática. Con indiferencia me miró de reojo y se levantó lentamente presumiendo su elevada estatura, como si alguien, algo o un sueño, le hubiese insi-